

ha de resistir al enemigo, recurriendo, según los casos, ya a la ofensiva, ya a la defensiva, ya a una hábil retirada.

1° **La vigilancia** consiste en *estar atento sin cesar a los enemigos interiores* (triple concupiscencia) y *exteriores* (mundo y demonio), para mantenernos siempre alerta contra sus ataques y preparados a rechazarlos cuando se produzcan.

Esta vigilancia se ejerce por el examen de conciencia, sobre todo el examen diario y las revisiones mensuales y anuales.

2° **La oración**, como medio de estrategia cristiana, consiste en *apoyarse siempre en Dios, nuestro Aliado divino*, en el combate espiritual. La oración, así considerada, es *absolutamente necesaria*, porque nos reviste de la fortaleza de Dios y nos coloca por encima de todas las fuerzas creadas: «*Si Dios está por nosotros, ¿quién podrá contra nosotros?*» (Rom. 8 31).

Este recurso a la oración debe hacerse, ante todo, por la aplicación perseverante al ejercicio diario de la oración mental, por la que se adquiere el espíritu de oración, es decir, el hábito de vivir unidos a Jesús y a María; lo cual nos permitirá luego acudir confiadamente a ellos apenas sobrevenga la tentación, ya sea por medio de oraciones jaculatorias, breves pero fervorosas, ya por frecuentes comuniones espirituales, ya por el ofrecimiento de las propias acciones; todo ello con el fin de vivir siempre animados del deseo de cumplir la voluntad de Dios y de apartarnos prontamente de todo lo que se le oponga.

3° **La resistencia** consiste en *luchar contra la tentación hasta vencerla*. Puede adoptar tres formas diferentes: la ofensiva, la defensiva y la huida.

- **La ofensiva** consiste en adelantarse a la tentación, multiplicando las ocasiones de vencerla en un futuro por la adquisición de la virtud opuesta. Este método es el más conveniente en la lucha contra los defectos que llamamos espirituales, especialmente contra el defecto dominante.

- **La defensiva** consiste en estar listo para rechazar la tentación apenas el enemigo la presenta. ¿Cómo? Recurriendo enseguida a Dios y a la Virgen; no discutiendo con la tentación, y haciendo lo contrario de lo que sugiere; si se presenta con un carácter insistente, dándose un poco más a la penitencia; y si reviste algún peligro especial, abriéndose cuanto antes al director espiritual.

- **La huida** consiste en batirse en retirada, tratando de pensar y ocuparse en otras cosas, y apoyándose serenamente en Jesús y en María, a la vez que se les afirma la voluntad de no querer ofenderlos. Es el método que hay que usar en las tentaciones contra la pureza o de blasfemia.

Sea cual fuere su forma, la resistencia debe ser: • **pronta y enérgica**: apagar la chispa antes de que se convierta en incendio; • **serena**: no asustarse de la tentación, ni turbarse por ella; • **humilde y confiada**, con la seguridad de que solos no podemos nada, pero que con Jesús y María la venceremos; • y **perseverante**, sin desanimarse si la tentación persiste de manera tenaz y obsesiva.

Lucha contra el pecado o resistencia a las tentaciones

El pecado se presenta a nosotros frecuentemente bajo forma de tentación. Por consiguiente, una de las primeras formas de combatirlo directamente es la de resistir a las tentaciones. Más adelante veremos la forma de combatirlo indirectamente en su triple causa, mundo, demonio y carne.

1° Naturaleza de la tentación.

Llamamos «**tentación**» a toda *solicitud al pecado*. En toda tentación podemos distinguir tres elementos:

- **La sugestión**, o idea del mal propuesta por el enemigo, de ordinario atractiva, acomodada a los gustos y tendencias desordenadas de nuestra naturaleza.
- **La delectación**, o placer que el hombre siente enseguida en la parte viciada de su naturaleza, la cual puede ser: o irreflexiva, si acompaña a la sugestión adelantándose al acto de la razón; o reflexiva, si es advertida por la razón.
- **El consentimiento** de la voluntad, por el que la misma cede a la tentación y acepta el pecado propuesto.

La sugestión y la delectación irreflexiva constituyen la tentación propiamente dicha y no son pecado; este sólo se comete cuando se da la delectación reflexiva y el consentimiento de la voluntad.

2° Causas o fuentes de las tentaciones.

Las tentaciones provienen de tres causas o fuentes: la *carne*, el *mundo* y el *demonio*.

1° **La carne**. La «*carne*», u «*hombre carnal*», o «*viejo hombre*», designa nuestra propia naturaleza, con el desorden que dejó en nosotros el pecado de nuestros primeros padres; a la cual San Pablo opone el «*espíritu*», u «*hombre espiritual*», o «*nuevo hombre*», que somos también nosotros mismos, pero tal como nos restauró Jesucristo por la gracia del Bautismo.

La carne nos empuja, por una triple tendencia que llamamos triple concupiscencia, a buscar nuestro fin y felicidad fuera de Dios y contra su voluntad, ya en los bienes de

este mundo (concupiscencia de los ojos), ya en los placeres de los sentidos (concupiscencia de la carne), ya en las satisfacciones del orgullo y de la voluntad propia (soberbia de la vida). «Las obras de la carne son fornicación, impureza, lascivia, idolatría, magia, enemistades, discordia, celos, enojos, riñas, disensiones, envidias, homicidios, embriagueces, glotonerías y cosas semejantes» (Gal. 5 19-20). Y puesto que a eso tiende de suyo la carne, ella es para nosotros una sollicitación incansante al pecado.

2º El mundo. Por «mundo» entendemos el conjunto de hombres que adoptan como regla de vida las inclinaciones de la carne o viejo hombre. Olvidando su destino eterno, o no creyendo en él, piden su felicidad a la tierra y a la vida presente. Son, sabiéndolo o no, los auxiliares e instrumentos del infierno para llevar las almas al pecado y a su condenación eterna.

El mundo es una fuente de tentaciones: • **directamente**, por las persecuciones que desencadena contra la Iglesia, para impedir su acción apostólica y salvífica sobre las almas, y por las burlas con que trata de amedrentar a quienes quieren vivir según la Ley de Dios; • **indirectamente**, por la influencia perniciosa de SU ESPÍRITU, esto es, el conjunto de máximas, costumbres e ilusiones que rigen a los mundanos, y por SUS ESCÁNDALOS, esto es, todo lo que por su parte es ocasión de pecado y causa de ruina para las almas: prensa y radio, conversaciones y fiestas, modas y espectáculos, diversiones y desórdenes, etc.

3º El demonio. Por «demonio» entendemos el ángel rebelde caído, o el conjunto de espíritus infernales coaligados, bajo la dirección de Lucifer, para ruina de las almas.

La Sagrada Escritura afirma en múltiples textos, que gran parte de las sugerencias que nos empujan al pecado vienen del demonio. San Pedro nos amonesta: «Sed sobrios y estad en vela, porque vuestro enemigo, el diablo, anda girando como león rugiente alrededor vuestro, en busca de presa a quien devorar» (I Ped. 5 8). San Pablo nos enseña que nuestra lucha no es contra carne y sangre, sino contra los espíritus de las tinieblas (Ef. 6 11-12).

El demonio es enemigo de nuestras almas por varias razones: • **por odio contra Dios:** no pudiendo combatir a Dios directamente, lo combate indirectamente atacando al hombre, que es el retrato vivo de Dios, creado a su imagen y semejanza; • **por envidia al hombre:** el demonio está celoso de ver al hombre en un estado superior al suyo, con vida sobrenatural, y llamado a ocupar en el cielo el trono que él mismo perdió para siempre; • **por ambición personal:** el orgullo, que lo perdió, le inspira un deseo desenfrenado de ser como Dios, y por consiguiente de suplantar el imperio de Dios sobre las almas.

El demonio obra sobre nuestros sentidos o nuestra imaginación para arrastrar nuestra voluntad al mal, ya directamente, insinuando la tentación por sí mismo, ya indirectamente, por medio del mundo. No hay norma fija para saber cuándo la tentación proviene directamente del demonio, pero puede deducirse a partir de algunos indicios: • cuando es **repentina**, sin causa próxima o remota capaz de producirla; • cuando es **violenta, tenaz y obsesiva**; • cuando **no tiene respeto de ninguna circunstancia:** tiempo sagrado, dedicado a la oración, o lugar sagrado, como la iglesia, etc.; • cuando **produce profunda turbación** en el alma; • cuando incita a la **desconfianza hacia los Superiores**, o a no comunicar al director espiritual nada de cuanto ocurre.

3º Ventajas de la tentación.

Dios permite la tentación porque, en sus designios insondables, contribuye a su mayor gloria y a la salvación de las almas.

1º Dios saca su gloria de las victorias que nosotros conseguimos contra nuestros enemigos espirituales, como lo prueba patentemente la historia de Job, en que Dios se gloría de la fidelidad de su servidor.

En efecto, cada victoria que ganamos contra los enemigos de nuestra alma es, en realidad, una victoria de Jesucristo en nosotros, que continúa así su lucha y su triunfo sobre el pecado, extendiendo el Reino de Dios sobre las ruinas del reino de Satanás.

Además, la tentación hace brillar las perfecciones de Dios: • su sabiduría, que tan maravillosamente sabe sacar bien del mal; • su bondad, que condesciende a luchar con nosotros, y nos otorga la gracia necesaria para vencer; • su misericordia, que no se cansa de perdonarnos nuestras caídas y de levantarnos de ellas; • el poder de su gracia, que nos hace triunfar a nosotros, tan débiles, sobre enemigos tan fuertes; • su justicia, que reserva un premio para el vencedor y un castigo para el vencido.

2º La tentación contribuye al bien de nuestras almas, ofreciéndonos la ocasión:

• **De conocer y sentir nuestra debilidad**, y de adquirir así la ciencia fundamental de la humildad, de la desconfianza de nosotros mismos, y de la oración pronta y confiada. Tenemos un ejemplo de ello en San Pedro y en San Pablo.

• **De despertarnos de nuestra indolencia natural** y de nuestra pereza espiritual: «Las grandes tentaciones tienen como efecto ordinario hacernos salir de nuestro sopor y volvernos más fervorosos» (San Juan Crisóstomo), ya que nos obligan a reaccionar.

• **De fortalecer nuestra voluntad** y forjar nuestra virtud en la lucha cotidiana.

• **De acrecentar nuestros méritos y nuestra gloria eterna:** «Bienaventurado el varón que soporta la tentación, porque una vez probado recibirá la corona de vida que Dios tiene prometida a los que le aman» (Sant. 1 12).

• **De adquirir experiencia para nosotros mismos y para los demás:** «Quien no ha sido tentado, ¿qué puede saber?» (Eclo. 34 9). San Pablo nos hace observar que Cristo puede socorrer y compadecerse de los que son tentados, por haber sido tentado El mismo (Heb. 2 17-18; 4 5).

4º Medios de combatir la tentación, o estrategia cristiana.

La Sagrada Escritura reduce la lucha contra la tentación a tres deberes esenciales, a semejanza de la estrategia militar: • **velad:** el ejército en campaña ha de estar alerta contra toda sorpresa del enemigo; • **orad:** cueste lo que cueste, ha de mantener su contacto con los ejércitos aliados; • **resistid:** en caso de encuentro,